

MEDITACION XXVIII.

DEL BENEFICIO DE LA CONSERVACION DEL MUNDO, Y DE LA DEPENDENCIA QUE TODAS LAS COSAS TIENEN DE DIOS EN EL SER Y EN EL OBRAR.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar (1), como todas las cosas que Dios nuestro Señor crió en el principio del mundo, y en los seis dias primeros, que quedan referidas, y todas las demás que por medio de ellas se han multiplicado, dependen en la conservacion de su ser del mismo Dios: porque la conservacion no es otra cosa que una continuacion de la obra con que Dios hace una cosa: y así como hizo todas las cosas con tres dedos de su mano, que son, la bondad, sabiduria y omnipotencia, como arriba se dijo (*med. XVI*); así con estos mismos las sustenta y conserva, como dice Isaiás (2), y lo confiesa san Pablo (3), diciendo, que Dios con la palabra de su virtud sustenta todas las cosas: pues ¿qué cosa puede ser mas admirable y gloriosa que ver la máquina de todo este mundo colgada actualmente de la voluntad y poder de Dios, mucho mas que la luz del aire está dependiente del sol? De tal manera, que como en ausentándose el sol deja de ser la luz; así en queriendo Dios suspender su concurso, toda esta máquina se volveria en nada; lo cual puede hacer en un momento: de donde sacaré varios afectos, para fundamento de mi vida y perfeccion.

2. Unas veces afectos de confianza en un Dios que tanto puede, y de quien todo depende, venciendo los temores de las criaturas con esta omnipotencia del Criador, como aquel valeroso Macabeo, que dijo: *Nos autem in omnipotente Domino qui potest et venientes adversum nos, et universum mundum, uno nutu delere, confidimus: nos-otros confiamos en el Señor todopoderoso, que con un solo guiñar de ojo puede destruir á cuantos vinieren contra nosotros, y á todo el universo mundo* (4). Otras veces sacaré afectos de temor grande de su justicia por estar junta con tal omnipotencia, suplicándole que la modere con su misericordia, diciendo como Jeremías: *Corrigeme, Señor, pero sea con juicio y no con furor: Ne forte ad nihilum redigas me, porque no me vuelvas en nada* (5) como mis pecados merecen. Pero mucho mas temeré ofender á un Dios de quien actualmente está colgado mi ser y cuanto tengo: ¿cómo temblaria de injuriar á un

(1) D. Thom. 1 p. q. 104, art. 1. — (2) Isai. XLVIII, 6. — (3) Hebr. I, 3.

(4) II Mach. VIII, 18. — (5) C. X, 24.

hombre que me tuviese con sus tres dedos colgado de una torre altísima, y en su voluntad estuviese soltarme de la mano para que me despeñase?

3. Otras veces sacaré afectos de profundísima humildad, reconociendo esta íntima dependencia que tengo de Dios en mi ser y en todo lo necesario para su conservacion, juntando con la humildad la caridad, porque mirando como este ser no puede conservarse sin Dios, he de humillarme y tenerme por nada delante de él, y mirando como Dios le conserva, he de amar á quien tanto bien me hace: y por este camino la humildad aviva la caridad, y el conocimiento de mi nada causa grande amor al que me saca de ella, y me conserva siempre en el ser que me ha dado.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar la infinidad de este soberano beneficio de la conservacion, por los innumerables bienes que abraza, aplicándolos todos á mí, y cada uno á sí mismo. Porque primeramente, todas las cosas que Dios crió en el principio del mundo y en los seis primeros dias, y las que en virtud de éstas se han ido multiplicando por tantos millares de años, y las que de presente hay en el mundo, que son como infinitas, todas pertenecen en alguna manera á este beneficio, ayudando unas para que yo viniese á ser engendrado, y otras para que me conserve en el ser que tengo, sirviéndose de ellas nuestro Señor para este fin. Los cielos con todos sus movimientos, y los Ángeles que los mueven con las innumerables influencias que reparten por todo el mundo, para conservar las cosas inferiores, son beneficio mio, necesario para que yo me conserve. Los elementos con los vivientes que hay en ellos, y toda la muchedumbre de aves, ovejas ó peces que ha precedido, para que viniese á tener vida el ave, ó el cordero, ó pez que yo como, son beneficios míos, pues sin ellos no gozara yo del que ahora gozo. Y lo mismo es de las plantas, de donde procedió la manzana y la uva, ó el vino que me sustenta.

2. Y si uso de una vasija de oro ó plata, allí se encierran innumerables beneficios, por las innumerables cosas que Dios ha hecho y conserva hasta el punto que yo gozo de esta vasija, las influencias del cielo que causaron el oro: la tierra que le concibió en sus entrañas: el agua ó lluvia, ó helada que ayudó á ello: los hombres que trabajaron en buscar y hallar las minas, y en sacarlo, apurarlo, y labrarlo: los instrumentos de hierro y madera de que se sirvieron: y lo que hizo Dios para criar aquel hierro ó madera, hasta llegar á ser instrumento para esto, y otras cosas innumerables que concurrieron

para que de léjas tierras viniesen á mi poder: todas son beneficio de Dios, y se encierran en una cosa tan pequeña de que ahora gozo. Y el mismo discurso puedo hacer en el bocado de pan que como, en el vestido de lana que me visto, en la pluma y papel en que escribo, y así en lo demás; porque cada cosa por sí, aunque no es mas que una, encierra infinitas al modo dicho, y por consiguiente por cada una deberia dar gracias infinitas á este Bienhechor. Ó Dios infinito, Bienhechor inmenso, Dador y Conservador de todos los bienes, ¿qué gracias te podré dar por el menor de los bienes que me das, pues en él se encierra muchedumbre tan innumerable de ellos? Si tanta multitud de criaturas se aunan contigo, su Criador, para conservarme, ¿por qué yo no me aunaré con todas para glorificarte? ¡Oh si yo y todas ellas nos convirtiésemos en lenguas para te alabar y bendecir por el bien que con cada una me haces, para pagar en algo lo mucho que te debo por todas!

3. Lo segundo, ponderaré en este mismo beneficio la infinita caridad de Dios, que resplandece en que pudiendo con su omnipotencia aniquilar cualquier cosa de las criadas, nunca jamás, como dice santo Tomás (1), aniquiló alguna, ni la destruyó totalmente, sino siempre que destruye una es para poner en su lugar otra, y si una se corrompe, otra se engendra. Y aunque en tiempo de Noé llegó á tanta la maldad de los hombres, que dijo Dios: *Pésame de haber hecho al hombre* (2); con todo eso no quiso aniquilarlos, como ni quiso aniquilar á los demonios ni á otros grandes pecadores; antes, como dice el Sabio, á muchos conserva la vida, esperándoles á penitencia (3), solo porque quiere hacerles este bien, porque de otra manera luego perecerian: *Quomodo posset aliquid permanere nisi tu voluisses, aut quod à te vocatum non esset conservaretur? ¿cómo podría permanecer alguna cosa si tú no quisieses? ó ¿cómo se conservará lo que no hubieres ordenado?*

4. Lo tercero, se ha de ponderar los innumerables beneficios ocultos que se encierran en esta conservacion, porque sin yo saberlo, ataja Dios innumerables cosas que la impedirian, y me preserva de innumerables peligros de fuego, agua, aires corruptos, fieras, infortunios, ladrones, enfermedades, y ocasiones de muerte (4). Y como ningun mal hay que padezca un hombre que no pueda padecerlo otro; por los muchos males que padecen otros hombres puedo sacar los muchos de que Dios me libra. Y con ser tantos y tan

(1) D. Thom. 1 p. q. 104, art. 4. — (2) Genes. vi, 7. — (3) Sap. xi, 24.

(4) D. Chrysost. lib. 1 de Provid.

grandes estos beneficios, quiere que estén ocultos, para que en ellos conozcamos que no nos hace bien por jactancia ni por deseo vano de gloria y alabanza humana, sino puramente por su bondad y misericordia (*De esto se dijo en la med. XXXII, punto 4.º*); mas no por eso dejaré de cumplir mi obligacion alabándole por ellos, aunque no sepa cuántos son. Ó soberano Bienhechor de los hombres, gracias te doy cuantas puedo, porque con espíritu de padre nos haces innumerables beneficios manifiestos y secretos; los manifiestos para provocarnos á estima y agradecimiento por el bien que de aquí nos resulta, y los secretos para provocarnos á encubrir el bien que hicieremos en tu servicio, sin buscar nuestra alabanza; y con los unos y con los otros nos provocas á que te amemos como padre que mira por todas partes el provecho de sus hijos. Concédeme, Señor, que te sirva como hijo, haciendo los servicios con el mismo espíritu que haces tan innumerables beneficios. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar como todas las cosas criadas están colgadas de Dios nuestro Señor, no solamente en el ser que tienen, sino en las obras que hacen; de modo que el mismo Dios les ayuda á hacer la obra, y la conserva todo el tiempo que dura: y si Dios suspendiese su concurso, no podrian hacer cosa alguna ni usar de sus potencias; y lo que con ayuda de Dios comienzan, con ella lo han de acabar, porque si ella cesa, tambien cesará la obra (1). En lo cual se ha de ponderar la infinita omnipotencia de Dios en acudir al concurso y ayuda de tantas obras como hacen las criaturas del mundo, cielos, elementos, hombres y Angeles, sin faltar á ninguna, y sin cansarse, ni enfadarse, ni ocuparse mas que si acudiera á sola una, alabando y glorificando á este Dios por tal omnipotencia, gozándome de ella, convidando á todas las criaturas que le alaben por el ayuda que les da para todo lo que hacen.

2. Pero aplicando esto á mí mismo, ponderaré los beneficios innumerables que en este concurso se encierran, de los cuales gozo cada día y cada hora, y aun cada momento, porque Dios actualmente concurre con mis ojos siempre que ven, y con los colores para que les envíen especies con que vean: concurre con mis oídos para que oigan, y con las cosas de donde procede el sonido, ó música, ó palabra que tengo de oír: concurre con mi boca y gusto para comer y gustar, y con los manjares para que me den sabor; y mientras yo duermo, ayuda para que el manjar se cueza y se in-

(1) D. Thom. 1 p. q. 105, art. 3.

corpore, y para que respire; y con mi entendimiento y voluntad concurre á todas las obras que hacen, y generalmente con todos aquellos que en algo me ayudan, porque, como dice Isaias: *Tú, Señor, haces en nosotros todas nuestras obras* (1), y Cristo nuestro Señor dijo: *Mi Padre hasta ahora obra; y yo obro* (2). Ó Trinidad beatísima, que estás en todas las cosas obrando con ellas; gracias te doy por los innumerables beneficios que haces á cada una, obrando con ella innumerables obras. Obra, Señor, siempre en mí lo que te agrada, para que tu concurso sea siempre para mi provecho y para tu gloria por todos los siglos. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar la ley infalible é inmutable que Dios ha hecho de concurrir con sus criaturas, porque con ser libre y concurrir de su voluntad porque quiere, es tan cierto el no faltar, como si no pudiera hacer otra cosa, si no es alguna vez que milagrosamente suspende este concurso para manifestacion de su gracia y de su gloria (3), en bien de sus escogidos, como cuando hizo que el fuego del horno de Babilonia no quemase á los tres mancebos que estaban en él (4), y en otros milagros semejantes. Y es tanta la bondad de este soberano Criador, que cuando el hombre se resuelve á pecar y hacerle algun agravio, no suspende el concurso, antes por conservar le la libertad y guardar esta ley que él se ha puesto, le da su concurso para aquella obra todo el tiempo que dura. ¡Oh bondad inmensa! ¡Oh largueza infinita de nuestro soberano Criador! ¿Qué bondad puede ser mayor que hacer actualmente bien al que actualmente está usando de aquel bien para injuriar al que se le hace? Ó Amado mio, no permitas que yo me aproveche de tu omnipotencia para hacer obras con que te ofenda: no consientas que use mal de las criaturas, siendo tú el que concurre con ellas para que me den gusto, y conmigo para que le reciba. Y pues en tí soy, y vivo, y me muevo (5), todas mis obras sean para tí, buscando en ellas tu gloria por todos los siglos. Amen.

4. De aquí sacaré últimamente los mismos afectos del primer punto, especialmente el de la humildad, ponderando como no tengo fuerzas para hacer cosa alguna por mí solo, sin el concurso de Dios; y aunque Dios me conservare el ser que tengo, si no concudiese conmigo á obrar, seria como un tronco y cosa desaprovechada, conforme á lo que dijo san Pablo: *No somos suficientes á pensar alguna cosa de nosotros, como si saliese de nosotros, porque toda nuestra sufi-*

(1) Isai. xxvi, 12. — (2) Joan. v, 17. — (3) D. Thom. 1 p. q. 103, art. 6.
(4) Dan. iii, 50. — (5) Act. xvii, 28.

ciencia es de Dios (1), de cuya voluntad, sin perjuicio de nuestra libertad, estamos colgados para obrar, y sin él ninguna cosa podemos hacer (2); y de ninguna podemos gloriarnos como de cosa propia, que no sea recibida de su mano, como no puede la sierra, gloriarse de lo que el artifice hace con ella (3), atribuyéndoselo á sí sola y al artifice. Por tanto, alma mia, humíllate hasta el abismo de esta nada, debajo de la poderosa mano de tu Dios, para que te ensalce en el día de la visita general (4), cuando venga á tomarte cuenta de las obras que has hecho, obrando con el concurso que él te dió. Ó Juez soberano, que tan liberal eres ahora en concurrir con todos los hombres á las obras que con su libertad quieren hacer; comienza en mí con tu gracia todas las obras que hiciere, y acaba las que comencare, para que el día de la cuenta parezca sin vergüenza delante de tí (5), y sea digno de ser ensalzado contigo en el reino de tu gloria. Amen.

MEDITACIONES

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS.

— Aunque en las meditaciones pasadas hemos dicho muchas cosas que tocan á la divina providencia (6), por cuanto resplandece en todas las obras que proceden de la bondad, caridad, misericordia, sabiduría y omnipotencia de Dios, y en la creacion del mundo; pero ahora mas en particular trataremos lo que es propio de la divina providencia en el gobierno de sus criaturas, especialmente de los hombres, haciendo de esto algunas meditaciones, en las cuales se deberian ejercitar todos los que pretenden alcanzar la perfeccion, y cualesquier otros que desean pasar esta vida con algun modo de aprovechamiento y consuelo, así para el alma como para el cuerpo, porque para todo esto aprovechará notablemente de tal manera, que yo no alcanzo cómo pueda tener en esta vida contento, paz y alivio cordial y verdadero, quien no se funda en esta verdad de la divina providencia, ni sé cómo puede tener pena demasiada, ni turbacion ó desconsuelo que dure por cosa criada fuera de lo que es culpa, si con viva fe ahonda y penetra los secretos de la divina providencia, como se verá por lo que de ella iremos diciendo.—

(1) II Cor. iii, 5. — (2) Joan. xv, 5. — (3) Isai. x, 15. — (4) I Petr. v, 6.
(5) Philip. i, 6; ii, 13. — (6) D. Thom. 1 p. q. 22.